

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



PROFETAS DE MIGUEL ANGEL.—CAPILLA SIXTINA. ROMA.





# “VIAJE AL PAIS DE LA DECADENCIA”

POR SANTIAGO ARGÜELLO H.

(CONTINÚA).

## CAPÍTULO III.

### LA VOZ DE NUESTRA MADRE LA ESTETICA.



UNA súplica mía, el Efebo la habló al oído. Y ella, la radiosa, la excelsa dueña de aquel huerto encantado, asintió. Y, de pie, entre muguetas, lises, margaritas y jacintos, que enhestaban sus flores en contorno como en un altar de olorosos cirios apagados, habló. Su voz tenía el eco que deben de tener las arpas celestiales. En sus ojos ardían las zarzas del Oreb, y tras ellas relampagueaba la mirada de Dios.

#### NUESTRA MADRE LA ESTÉTICA:

“Oh mis fieles! En nombre del divino Verbo, os hablo!

Vosotros, los sacerdotes de mi culto, no dejéis ni un momento mi santuario! Si el sacerdote deja el templo, se apaga la luz sacra. Dejad que otros vayan al mercado. Que vuestros labios me estén rezando siempre.

Sed vestales, esto es, sed puros! Para ello, no adulterar mis ritos, no mezclar otro aceite al de mi lámpara. Sed impúdicos, sed falsos; no importa: seréis puros en el Arte, porque el Arte lo purifica todo. Apartad los ojos de nuestro santo fin, y habréis caído en impureza.

Para hacer obra buena, obra mía, hacerla sólo para mí.

El sacerdote, cuando oficia, no debe ver al pueblo, sino á Dios. Ha de hacer que tiemble la frase del enigma sobre la oblata divina, aunque el público murmure, porque no comprenda. Y aún es bien que así sea. La palabra mística debe llevar en sus bordes las orlas del misterio.

Si os hace temblar el harapo, si tenéis miedo al hambre, si os asusta dormir bajo la estrella, no me sigáis, no dejéis que os unjan con el óleo de mis órdenes. Para servirme, es preciso que meditéis á la boca del tonel de Diógenes.

Si á todo os avenís, seguidme!

Yo soy la dicha. Yo soy quien ha encontrado el goce de la pena, quien ha exprimido el traje negro de la noche para hacer que broten las gotas argentinas de los astros, gotas del zumo sideral de la tiniebla.

Todo lo regenero en el goce. Cuando vierto mi divino elixir en el vaso del llanto, quien lo apura encuentra y siente la delicia del llanto.

Mi *único* fin es el placer. Quien piense de otro modo, no me conoce. El que juzgue mis obras con una luz distinta, yerra.



Oh hijos míos! Si queréis reconocerme siempre, interrogaos: ¿por qué me agrada ésto? Y si no sabéis por qué, decid que es obra mía.

No digáis que soy la Realidad! No digáis que soy lo Ideal! Realidad sin ideal, no sería Arte. Idealidad sin la forma de lo real, no me comprenderíais.

La Realidad es vuestra carne, la corteza en que envolvióse la Divinidad, el Ideal, para que naciera Cristo. Si á Jesús le quitáis lo invisible, lo divino, deja de ser Cristo, para ser sólo un hombre. Si le quitáis el cuerpo, lo perderéis de vista. Jesucristo es la materia iluminada con la luz del Eterno.

Si os afiliáis al Realismo, llegaréis á ser sabios, no artistas: hijos de mi hermana la Ciencia, no míos. Ser realistas es negar á Cristo y adorar al hombre.

Si os llamáis idealistas, y renegáis de la Verdad tangible, como los otros renegaron del Ideal, seréis unos impostores. El Ideal no se ve, Dios no se percibe, sino tras la envoltura del hombre.

El hombre es una arpa sensitiva. Diversas notas hay en cada una de sus cinco cuerdas. Si alguien las toca, goza el arpa misma con sus melodías, y gozáis vosotros con la conciencia de sus vibraciones. Y bien, aún sin que vibren, el Arte os hace creer que las cuerdas de vuestra arpa han vibrado, ó más bien, las hace vibrar mentalmente con el soplo del genio. El Arte es la gran superchería. Es la sugestión de la conciencia, que llega á ser hasta deleite del sentido. Quien hace vibrar la cuerda sin tocarla, ese es artista.

A la entrada de mi huerto esta la Sensación. Allí paca la bestia. Vosotros dejáis atrás la Sensación, para internaros en el Sentimiento.

Los sentidos son como las ventanas de vuestro palacio. Por una entra la luz, pero á las otras también llega el reflejo. Si no comprendéis esto, volveos. Confundíos con el sensato Público!

El sonido deja tras sí una vibración que forma como una rítmica penumbra; el calor tiene suaves desmayos de esfumino, pierde su intensidad precisa y se apaga en una anemia cromática; la línea fina á veces en misteriosas vaguedades. . . . El día empieza y acaba en los crepúsculos, donde el Angel medita y sueña. La vibración moribunda, el tono suave, la línea imprecisa, son deliciosos crepúsculos en que sueñan y meditan los ángeles del Arte. Entonces se oye en el palacio ruido de alas, y no distinguís bien por cuál ventana se internaron. Vosotros, los que seguís mis huellas, podéis sacar partido de esa encantadora confusión sensoria. Si no podéis hacerlo, volveos!

Hijos míos, ved de no confundirme con nadie! A muchos de vosotros se os ha presentado la Novedad—dama que os ha llamado á engaño,—y habréis creído reconocer mis perfecciones en las suyas. Pero al cabo, cuando la edad ha marchitado sus encantos, habéis podido verla como ella es. No reincidáis. Sabed que lo bello no conoce tiempo, y es, como tal, inmarcesible.

Servidme bien, para que os acepte por hijos. Aprovechaos de todo en honor mío, hasta de lo bajo, con tal que de ello pueda saltar la chispa de los pedernales. Todo puede servir para poner el pie y remontaros en busca de la luz celeste.

El arte es la potencia vital de la expresión. Si presentáis la figura de un agonizante, si hacéis la pintura de un cadáver, si evocáis la fantasmagoría de un cerebro febril, haced que tengan vida los desmayos, poned fuerza vital en la expresión de la muerte, pasad por nuestros ojos la visión intensa de una orgia de ensueño, y lograd que sintamos la realidad actual de los delirios. . . . Pero no olvidéis que el Arte siempre lleva sobre el deslumbramiento de sus ígneas pupilas la pestaña que tiende una penumbra en donde flota el misterio. Lograd que hagan ver vuestras creaciones lo que no se ve en ellas. Buscad las escapadas hacia la región azul. Haced que pase la potencia expresiva viendo el cielo á través de la blonda del ensueño.

Y haréis obra de arte.»

Dijo.

Y el sol acribilló de oro el follaje, y los pájaros sonaron su guzla en la más soñadora de las orquestaciones, y las flores tuvieron embriaguez de perfume, y las hojas hicieron brillar bajo la luz sus aderezos de rocío.

\*  
\* \* \*

Nos internamos por olorosas sendas en aquel jardín de las delicias.

Yo:

—Y esos lindos *chalets* que asoman á lo lejos, como palomas durmiendo entre las frondas? . . .

EL EFEBO:

—Allí moran las hijas de Nuestra Madre. Aquella que yergue su impavidez olimpica y que es blanca como una corola de *anémona nemorosa*, es el arte escultural y plástico: la Estatuaria. Mira, aquel bello templete en cuya puerta está sentado el arco iris, pertenece al arte de las formas y de los colores: la Pintura. Ese otro palacio, de donde sale la voz triunfante de los cobres y en donde tiemblan los trémolos, como en la niebla de una fragua melódica, es del arte de los ritmos: la Música. Pero recoge toda tu fuer-



za admirativa para el último: aquel que ríe en sus calados y encajes y que en la esbelta aguja de su torre luce el diamante de una pluma de oro. Allí está el arte de la palabra y de la idea, la Poesía, que es música y pintura, color y ritmo, orquestación é imagen.

Yo:

—¿Y por qué llamáis Poesía al arte literaria? ¿No es eso restringirla? ¿Por qué no la nombráis Literatura?

EL EFEBO:

—Si arte de la palabra, Literatura; si arte *bella*, Poesía. Prosa ó verso, Poesía: arte puro, desinteresada jovialidad del espíritu. Vaya por caso la Oratoria. El período que deslumbra, la música torrencial de la palabra, la voz evocadora, el sésamo de los entusiasmos, de las lágrimas y de las exultaciones; la vehemencia expresiva, las alas que transfiguran al hombre en semidiós. . . . eso es Poesía! La parte utilitaria, el fin benéfico, la certidumbre lógica, nada tienen de común con la Estética. Es bien que aprendas á separar la broza del terrón minero. Poesía es la que hace gozar por ella misma, sea que muestre la tersa ondulación de la prosa, ó que se orle, rizada de compases, con los flecos sonoros de la rima.

Poesía es goce *inútil*.

\*  
\*  
\*

Nos acercamos al palacio, y penetramos en los dominios de la dueña.  
El efebo me mostró con el dedo una encrucijada.

EL EFEBO:

—Cada camino conduce á una región distinta. Este, el país de la capa y de la espada, de los Segismundos y de los Locos Manchegos; ese, á los infiernos dantescos, á las epopeyas de la Gloria ó del Averno, al árbol en que se arrullan los célebres amores; aquel va á la patria del *humour*, al nido de las águilas shakespereanas; el otro, á las brumas del arte metafísico, del arte sacerdotal y humanitario; y ese mayor, es la gran ruta hollada por el fanatismo; la que lleva peregrinos á las reliquias de la Meca y de Jerusalén, á la vasta comarca de las tradiciones de lo bello; el sendero retrospectivo que conduce á las necrópolis del pensamiento. . . .

Mas el nuestro es aquel, mezquino como atajo, á creer en su comienzo angosto y ahogado, á trechos, de maleza. Ese nos llevará al país de lo raro, al país de los fakires enigmáticos, al país del Laberinto. . . .”

\*  
\*  
\*

Anduvimos, anduvimos. . . .

Y, al caer la noche, oímos como un ruido de colmena. Era el eco de las saturnales del país de Francia!

(Continuará).







## POESIA

### EN HONOR DE LOS POETAS NORTE—AMERICANOS.

La musa en el obscuro hipogeo reposa!  
 Así duerme en la cárcel de su botón la rosa;  
 Así bajo la tierra duerme la gema pálida;  
 Así el canto en la lira; así la mariposa  
 Dormita bajo el yerto pavor de la crisálida!

En vano el imperioso conjuro de la idea! . . . .  
 En vano en el granito con el cincel de oro  
 El artista inspirado y afanoso golpea! . . . .  
 Pigmaleón agota sus ansias y su lloro  
 Sin conmover tu mármol ¡oh helada Galatea!

Qué aletazo de sombra mató tu flama, ¡oh cirio!  
 Qué incubo abrió las alas sobre tu blanco lecho  
 Y rodeó tus ojos de ojeras de martirio . . . .  
 Qué vampiro clavando sus garras en tu pecho  
 Sorbió sobre tu boca tu espíritu de Lirio? . . . .

En vano en los cristales de la onda citerea  
 Más cándida y más rubia que el ámbar y la espuma,  
 La todopoderosa, la emperatriz, la Dea,  
 Emerge y opacando la claridad febea,  
 Al cielo y á la tierra bajo su imperio abruma!

En vano de Selene bajo la luz de oro  
 Llega el nupcial cortejo y en el florido limen  
 Donde arden las antorchas y las syringas gimen  
 Al eco sollozante del tímpano sonoro  
 Estallan en la noche los cánticos del himen!

En vano de Dyonisos las tropas vocingleras  
 Al sol de la vendimia recorren las praderas  
 Y envuelve con guirnaldas y sistros resonantes  
 El séquito en delirio de faunos y bacantes  
 Al carro esplendoroso que arrastran las panteras!

En vano surge Pallas y en su broquel se irisa  
 Convulsionada y torva la faz de la Medusa,  
 Deleites y pavores la piéride rehusa,  
 Ha tiempo que no logra la luz de una sonrisa  
 Brillar en la nocturna tristeza de la Musa.

Y sin embargo alienta . . . . Cuando la brisa leda  
 Entre las frondas hace gemir el harpa eolia,



La Musa en el delirio transfigurada queda  
Y absorta, levantando su frente de magnolia,  
Escucha las canciones de Apolo Citareda!

Toda vibrando, ardiente, como la Pithia loca,  
Cercada la melena de un nimbo que cintila,  
Del tálamo resurge y al grito que la invoca  
Los himnos musicales palpitan en su boca  
Y la pasión inflama su fúnebre pupila!...

Qué auroras iluminan el hondo tenebrario?  
Qué antorchas inflamaron los subterráneos limbos?  
Quién en tu frente ¡oh Musa! dejó tan claros nimbos?  
Acaso las heridas de un Eros sagitario  
Las nieves de tu seno llenaron de corimbos?....

Resurges victoriosa del hondo cenotafio!  
Revives al vibrante conjuro del poeta  
Y con el ágil diestra de Diana cinegeta  
Sobre tu estela borras el fúnebre epitafio  
Erguida ante el conjuro de Apolo Musageta!

Abraza la teorba, suscita el hondo arpegio!  
Apura hasta las heces tu copa de ambrosia!  
Y al implorar tus cantos la egregia Poesía  
Que vibren tus estrofas y que tu numen regio  
Se inflame como un faro sobre la noche umbría!

En tu carcax apronta las líricas saetas!  
Evoca en tu salterio los más ardientes sonos  
Y sangren traspasados de amor los corazones  
Cuando al loar la egregia virtud de los Poetas  
Tus labios musicales prorrumpen en canciones!

Los próceres aguardan, la silenciosa exedra  
A tu clamor consagra sus ámbitos de piedra....  
Inflama con tus fuegos á sabios y á gentiles  
Y sé para ese bosque la enamorada yedra  
Y arrójales al cuello tus brazos mujeriles!

Canta ¡oh lira! los bardos de la pujante América  
Que al Septentrión llevaron la egregia apoteosis,  
De Bryant y Longfellow el alta virtud férica  
Y de Poe la Musa, divinidad histórica,  
Y del poeta Whitman la épica neurosis.

Bryant sueña en la vida fecunda y en la muerte  
Su musa es la Tristeza; pero su plectro fuerte  
Enflora en el salterio la trágica armonía,  
Así la Thanatopsis dulces consuelos vierte  
Juntos al más acerbo clamor de la elegía....

El numen de Longfellow como un Oriente irradia!  
Es refulgente aurora que todo lo ilumina,  
Y en su inmortal Poema la cándida heroína,  
Lirio lleno de lágrimas, en el jardín de Acadia  
Surge como un arcángel de luz Evangelina!

Y pasa en el recuerdo la novia sin ventura!  
En las brumosas playas del doloroso exilio  
Arrastrando los velos de su nupcial blancura,  
Y al fin desvanecida sobre su amante idilio  
como un sauz doliente sobre una sepultura!

Si es Longfellow el bardo de las primaverales  
Selvas americanas, si se refleja el cielo  
De sus rimas sonoras en los tersos cristales  
Edgard Poé, nimbado de fuegos infernales.  
Es el trágico numen del hondo desconsuelo.



Su genio entre las sombras de la existencia finge  
 Un sol sobre las noches infinitas del Polo,  
 Su Musa poderosa fué una imperial esfinge  
 Sin Edipo. . . .

Los genios lo adivinaron sólo!

Ardiendo en los altares de la verdad fué un cirio!  
 Los abismos celestes exploró su astrolabio,  
 Las simas infernales sondeó su delirio,  
 El fuego del profeta quemó su noble labio  
 Y albeaba en su pecho la semilla de un lirio!

Y su numen fué lámpara de oriental Aladino  
 Que alumbró las riquezas del más regio tesoro!  
 Así heroico el Poeta recorrió su camino  
 Con la frente abatida y olvidando en el vino  
 Que el burgués lapidaba sus broqueles de oro! . . . .

Bebió en cáliz de ónix el licor más acerbo,  
 Fué su espíritu un astro sepultado en un limbo,  
 Un eclipse brotaba sobre el sol de su verbo  
 Y en sus sienes la lumbre sideral de su nimbo  
 Apagó con sus alas tenebrosas el Cuervo.

Ananké fué el estigma que su frente lucía,  
 Y por eso las sombras ocultaron al día!  
 Su avatar en la vida fué el fatal Ananké,  
 Y por eso los astros de la noche sombría  
 Son propicios al culto del divino Poé. . . .

¡Oh vestal Musa y Piéride! oh virgen soñadora!  
 Abre el libro de Edgardo muy antes que la aurora  
 Llene de sangre el brillo de la última estrella,  
 Y evoca entre las sombras á Ligeia y Leonora  
 Y habla paternalmente con la torva Morella.

Ahí las perlas lucen y sangran los claveles. . . .  
 ¡Oh princesa! en sus versos hay trovadores fieles  
 Y amantes sepultados por un hondo Leteo.  
 Llorra sobre esas páginas y dale por trofeo  
 Tu llanto á ese Poeta que no tuvo laureles.

Y en honor del poeta sobre su tumba fría  
 Entona el más amargo clamor de la Elegía! . . . .  
 Despeina tus cabellos luctuosos y dolientes  
 Y queda en sus umbrales silenciosa y sombría  
 Como fúnebre esfinge de pupilas ardientes. . . .

Esfinge de azabache con ojos de topacio  
 Guarda la torva Musa de Edgard Poé el palacio,  
 Pero llegan los ecos de súbitos clamores  
 Y al son de los clarines y de los tambores  
 Conmuévase con épicos rüidos el espacio. . . .

Es Whitman que aparece! Sus líricas legiones  
 No lucen áureos cascos como los mirmidones,  
 Pues nunca epsangrentaron las tierras ni las aguas;  
 Su amor llenó de mieses los áridos terrones  
 Su afán forjó los hierros en las ardientes fraguas.



Es Whitman el humano y el lirico poeta!  
 El que miró en sus claras videncias de profeta  
 Un águila triunfando sobre una flor de lis.  
 Es él el demagogo que toca su retreta  
 Honor á las legiones del buen poeta gris!!

Sobre su noble frente donde el invierno hiela  
 Un gorro frigio luce su gran escarapela. . . .  
 Bajo plebeya blusa se oculta el negro frac,  
 Es una Marsellesa de libertad su estela  
 Y así pasa el valiente cantor del Potomac.

Bryant el pesaroso, Longfellow el divino,  
 Edgard Poé, vidente de misterioso sino,  
 Y Whitman, el que asume la voz de los profetas!  
 Ante vuestras grandiosas magestades me inclino!  
 Honor á los laudes y gloria á los poetas!

La Musa llora en vuestros altivos mausoleos,  
 Y deja cual ofrenda de líricos trofeos  
 La sangre de sus venas y el llanto de sus ojos;  
 Diamantes que se irisan á los rayos febeos  
 Y corimbos ardientes, deshojados y rojos!!

¡Oh genios! de las altas regiones siderales  
 Do viven venturosos los estros inmortales  
 Descienda vuestro numen del bien inspirador  
 Y cesen las discordias y vivan los mortales  
 Unidos en el Credo Divino del amor!!

Y á vuestro influjo miren las gentes venideras  
 De olivos coronadas las épicas cimeras  
 Cesar á los cañones su ronca tempestad  
 Y á todos los colores de todas las banderas  
 Tendiendo un arco-iris sobre la humanidad!

JOSÉ JUAN TABLADA.







## UN NOCTÁMBULO.



BA por la calle plenamente feliz, riendo á los duendecillos danzarines que libeluleaban ante sus ojos errantes é inflamados por el absintio; su vieja corbata deshecha flotaba al viento como un velacho, su fieltro hongo plegábase innoblemente sobre sus luengos cabellos grises y semejaba un murciélago sobre una chimenea, sus harapos destrozados remedaban grotescamente una americana abotonada y un pantalón holgado; y de su barba en torbellino surgía una nariz perfilada en Bizancio y asomábase á menudo un engarce de dientes blancos tras sus labios marchitos, quemados por la combustión diaria de alcohol.

Iba perseguido por las risas estudiantiles que ignoraban la vida, y estigmado por las indignaciones berguesas... que ignoraban también la vida!

Pero él reía al crepúsculo de oro, á la esplendorosidad vespérale de aquella tarde en que el vencido seguía el libeluleo de los duendecillos que rondaban sus ojos, cual si fuesen flores nocturnas abiertas al fulgor de los astros...

De pronto el noctámbulo detúvose frente á una taberna henchida de bebedores; atisbó y escudriñó buscando sin duda un camarada á quien harponear un trago, pero como no lo descubriese, detúvose pensativo á las puertas. Ya no reía. Sus ojos flameantes devoraban con mirada ávida los vasos rebosantes de bebidas plebeyas que eran sorbidas por bocas febriles y recordaban un filtro envenenado sorbido por vampiros. Era sábado, y los obreros acudían al tributo sabatino con religiosidad druidica; aguijaban hacia la taberna ansiosos de dejar en ella su misero jornal ganado de sol á sol en faenas de negros; espoleaban á eclipsar en el alcohol su sol de sangre, la fatalidad fulminadora que los había echado de bruces en la ergástula moderna de la gleba aplastada por el trust de los fuertes! Grupos haraposos, de cuerpos espectralizados, de pechos caquéxicos roídos por la obra de zapa de la tisis; grupos míseros del rebaño esquilado y alimentado con bellotas, se atropellaban por abrevar en el Leteo innoble que da el embrutecimiento á trueque de la salud, de la dignidad, de la inteligencia y del bien!

El noctámbulo husmeaba con deleite, como zorro hambriento, el hálito de las ánforas abiertas, escapado en emanaciones acres, volátil y envolvente, cual si los espíritus del alcohol flotaran en el aire dotados de sagacidad sugestiva, y filtrándose por los sentidos fascinados, intoxicaran el ardor báquico, más temible que el uror de las bacantes, en el espíritu que una vez sediento de alcohol, no se saciará jamás, transformado el organismo á quien alienta en un tonel de Danaidas!

El noctámbulo entristeciése lúgubrementé al no encontrar ningún amigo. Cruzóse de brazos y reclinóse sobre el alféizar, y sus ojos se perdieron explorando la negrura del barrio desierto, el zigzaguo morisco del México legendario que guarda aún vestigios de la ciudad virreinal. Yo le había seguido, y asombrábame de no verle envilecido hasta mendigar un poco de alcohol; el hombre sufría, habiase levantado sin duda de un largo sopor del coma y empezaba su consuetudinaria correría nocturna en busca del amargo placer. ¿Era pues un ebrio que descendía á la abyección trabajosamente, en lucha por salvar del naufragio un resto de vergüenza inútil...?

Le toqué suavemente en un hombro:

—¿Quiere usted beber conmigo una copa?



Él me miró desconcertado. Yo proseguí:

—Soy desconocido en este barrio y no me agrada beber solo . . . .

Él sonrió ante mi sonrisa y se apresuró á aceptar. Nos instalamos en un rincón de la taberna, separados del oleaje que burbujeaba en creciente marea. Yo platicaba de cosas flotantes en un sueño de hastío, palabras que se escapan cual de una válvula del cerebro vigilante, siempre en combustión, en tanto que él bebía ávidamente, entregado á una súbita confianza. A medida que bebía, sus ojos volvían á sonreír á los duendecillos que danzaban ante sus ojos en ronda de silfos enamorados de abiertas flores nocturnas. Las cien mil lámparas de Aladino de la embriaguez encendíanse en su cerebro en feérica iluminación, constelando las tenebrosidades de sus males . . . y sonreía, sonreía con la incierta y cuasi demente sonrisa de los seres debilitados por la orgía perpetua. Su alegría necia me exasperaba, me quemaba, y de pronto, cruelmente, le increpé:

—¿Usted no ha sufrido en su vida?

Un latigazo chasqueó en su espíritu. Sacudió la cabeza para espantar la nubecilla alada de los silfos danzantes, vuelto brutalmente á la realidad, á la torturante realidad que huía su pobre cerebro visionario, y en voz jadeante, dolorosa:

—Usted también . . . !—dijo—usted también cree como los demás, que yo me embriago por innoble vicio! . . . . Ah, sí! . . . . Soy un vicioso, soy un relapso, soy un perdido, soy un leproso que me arrastro en las sentinas satánicas! . . . Pero también soy muy desgraciado! . . . Hace diez años era yo bueno . . . Vivía honradamente, trabajaba para ganarme la vida en labores de escritorio, pues me encontré desde muy joven solo en el mundo y no pude cultivar ni mi inteligencia ni mis brazos en ejercicios especulativos ó prácticos; yo era animoso y fuerte; con mi rudimentaria educación afronté la lucha, y después de fracasos vulgares en los luchadores débiles, llegó un día en que creí asegurado mi porvenir, aceptado y considerado en una gran casa sólidamente establecida de luengos años atrás. Pronto me ví rodeado de bienestar moral, pues se me confiaban trabajos delicados y comisiones honrosas, y varias veces fui en representación de mis jefes á arreglar negocios de importancia en lejanas zonas algodonerías de Durango que eran manejadas por la poderosa negociación de que era yo empleado. Mi pulcritud en vestir, mi cortesía nativa para quienquiera que fuese, mi carencia de placeres viciosos, diéronme prestigio y despertaron simpatías en torno mío; y yo, halagado y deslumbrado por aquella alborada de felicidad que había sido mi sueño, amplió mi modesta ambición hasta desear la redención de mi soledad, una dulce compañera de amor . . . .

Una mañana, la marea rebosante del Empedradillo arrojó hasta mí una morena encantadora, de ojos moros apasionados y lánguidos, de imperial cuerpo hebreo graciosamente blondado y coquetamente aparasolado por un fresco sombrero de primavera. Me miró, tentadora y complaciente en leve sonrisa, y me cautivó. La seguí encantado, vencido por su seducción, con el pecho oprimido por secreto dolor al ver la cauda de deseos que iba estelando su belleza turbulenta; con asombro y alegría ví que al retirarse de la brillante avenida, se alejaba de las calles aristocráticas y se internaba en un barrio humilde, hasta que traspuso los umbrales de un entresuelo de balcones volados y florecidos de malvas reales y geranios. Al entrar, la hermosa me despidió con una sonrisa, que fué mi golpe de gracia. Me transformé en sombra de la morena encantadora, pero mi timidez para las mujeres me impedía acercarme á ella, hasta una noche en que Gracia misma fué quien me llamó y en voz flébil, melodiosa, insinuante, que revelaba para mí una ingenuidad adorable, hizome confesarle mi amor, contarle mi vida, abrirle mi corazón en esa impetuosidad reprimida largo tiempo en los seres privados de afecciones; nos amamos, ó más bien, la amé con frenesí, concentrando en ella mis adoraciones de niño y de mozo, los cariños de mi alma apasionada, tardíos y granados en la soledad, que despertaban al beso del sol cual explosión de rosas salvadas de la sombra, de la muerte,

Gracia me venció, me dominó, me ató á la más dulce de las esclavitudes; los contados días en que la tiranuela me permitía verla, era yo muy dichoso; palpitábame el corazón en vuelcos precipitados cuando, venciendo mil peligros según ella me decía, asomábase presurosa al balcón y cambiaba conmigo unas breves frases, ordenándome imperativa y sobresaltada que huyera; y yo obedecía venturoso y ávido de partir con ella el peligro que se quedaba á desafiar sola, pero inclinándome á su mandato. Por frases escapadas al azar en medio á su perpetua nerviosidad, supe que la vigilaban constantemente, que la tenían recluída en aquel barrio por haber rehusado casarse con un hombre á quien aborrecía; que pertenecía á una familia acaudalada y que nuestro amor debía permanecer secreto hasta el día en que nos uniéramos á despecho del mundo. Para comprobar sus aserciones, veíala á menudo suntuosamente vestida, en carruajes con librea, pero sin blasón, ó dando el brazo á elegantes caballeros que ella me decía eran amistades de su familia; pero esto á mí no me sorprendía ni me inquietaba, pues adoraba á Gracia con idolatría, con fanatismo y jamás la sombra de una sospecha pasó rauda por mi frente.

Al contrario, viéndola joyante y deslumbradora de lujo, la ambición me espoleó para equipararme á Gracia, para conquistarme la independencia y la riqueza con mi propio esfuerzo. Trabajaba día y noche, sin flaquear, penetrándome de las combinaciones mercantiles que mi jefe supremo, satisfecho de mi fidelidad bien probada y de mi prodigiosa actividad, dejábame estudiar y muchas veces resolver, sancionando mis decisiones. Llegué á ser necesario, llegué á ser partícipe y socio de la casa, y por último, un día manifesté á mi jefe mi resolución de separarme bajo su patrocinio para fundar una negociación propia y libre. Me abrió los brazos y me concedió lo que pedía, augurándome un porvenir brillante y ofreciéndome su apoyo en todo.



Para celebrar mi emancipación, fui invitado á su mesa, donde me presentó á sus hijos, no ya como subalterno, sino como un futuro negociante,—«y aun futuro competidor,»—añadió sonriendo. A los postes, fui invitado por el menor de sus hijos, calavera de notoriedad, á pasear en carruaje después de una partida de bolos, y ya á solas los dos, tropezamos con una banda de amigos suyos, elegantes desocupados que iban de juerga, y nos enfrascamos alegremente en los bares elegantes, bebiendo lo que ellos querían, pues á mí me era indiferente optar por cerveza ó brandys ó bitters; al caer la tarde la embriaguez estaba en todo su esplendor... jamás había sido yo tan feliz! Me sentía aclamado en el pórtico triunfal de la vida! Me sentía fuerte, vencedor, igual á los brillantes jóvenes que me abrumaban con sus amabilidades.

Uno de ellos propuso de pronto que nos trasladáramos á casa de Carmen.

—¿Qué Carmen?—pregunté. Y un coro de carcajadas me contestó.

—¿Cómo!—apostrofó Ruiz Ordaz.—No conoces á Carmen, la matrona más ilustre de México?... No has rebañado en su haremlike?

Y yo, que me sentía capaz de restaurar un rapto de Sabinas, fui de los primeros en levantarme. Su-



bimos á dos carruajes que esperaban á sus dueños bajo la lluvia, y arribamos á una casa aislada en una de las más distantes colonias, rodeada de inmuebles y pequeños palacios solitarios.

Fué una irrupción. No bien cerramos la puerta, un himno báquico saludó á la antigua pupila de lupanar ascendida á reina, dominadora en su amplio peinador y bajo la masa empenachada de sus cabellos rojos. Mi presentación fué una cortesanía de ópera bufa. Y sin más ceremonia nos instalamos á placer sobre los anchos y muelles divanes de aquel recinto que parecía un enorme lecho blando, suave, sensual, capitonado de sedas y blondas; los camarines veíanse entreabiertos, esparciendo sobre las alfombras rosadas y lilas fulgores atenuados de lámparas veladoras de los misterios del amor; y el ambiente cargado de violeta enervaba, adormía, ensoñaba la inteligencia, en tanto que los sentidos abrían sus válvulas y aprestábanse á las luchas gloriosas de Eros!

—Violante, Laura, Amelia y Rosa me visitarán hoy, dentro de un instante;—escuché que decía la matrona.—Adoración y Berta vendrán al momento que se las llame; pero nos falta una.... Ah!.... la misteriosa con quien dormiste, Ordaz, la otra noche!.... ¿Te gusta?....

—No,—dijo el joven con displicencia,—es demasiado apasionada para ser sincera.... prefiero á Rosa....



—Yo la quiero!—dije impetuoso, enardecido ante la confianza.

Carmen miró uno por uno á los jóvenes, quienes se apresuraron á garantirme.

—Confía en él como en mí, Carmen,—concluyó mi introductor.

Ella se inclinó ante mí, en actitud de quien se disculpa, y en este instante cuatro muchachas preciosas, elegantemente ataviadas, entraron saludando con intimidad, cual si recibieran ellas en su propia casa á amigas del alma, con besos y graciosos diminutivos. La faunalia entró en pleno período efervescente; las copas de champaña burbujeaban heridas y prismadas de luz; las risas sonoras volaban en el viento cual enjambres de golondrinas locas; al entrar las otras dos primorosas llamadas á gran prisa, la algazara creció desbordándose en estruendosa orgía! Los amadores habíanse apareado, mas esperaban por galantería á que todas las parejas estuviesen completas, y como la desconocida tardase, las ninfas eran devueltas á la gracia antigua, á la belleza antigua, á la revelación pagana de las formas no veladas, sino apenas por cabelleras sueltas....! Rosas vivas, rosas frescas de pistilos dorados ó negrísimos en vellazones sedeñas, surgían cual crisálidas de capullos reventados, entre maliciosos pudores, ruegos apasionados y besos sonoros y asaltantes.... Yo estaba embriagado más que de vino de embelesamiento morboso.... Ah, sí!.... aquel era un haremlike, ó una bacanal romana, ó una saturnal griega! La docilidad con que las hermosas habíanse apresurado á complacer á los libertinos, probaba una asidua costumbre en aquellas fiestas galantes!

De pronto, el rodar de un coche oyóse en la calle, Carmen vió al través de las persianas y dijo: «Es ella!»—y entonces uno de los jóvenes se adelantó y ordenó en tono teatral:

—Si entra, que entre como Frinea!

—Sí, sí!....—Corramos todos.—Como Frinea!

Laura y Ordaz salieron al encuentro de la recién llegada y conferenciaron con ella. Se resistía entre risas, pero nuestra decisión era inapelable, y por último, un aplauso de Ordaz nos dió el triunfo. Diez minutos de espera anhelante, y luego un estremecimiento cuando ella entró, seguida del joven, arrebujaada hasta la frente en una colcha, y al descubrirse, impúdica, sonriente, vencedora por su soberbia belleza lujuriosa, un grito de triunfo unánime y un grito de horror mío, porque aquella mujer era Gracia!...

Al decir esto, el ebrio sacudióse en una embestida espantosa de rabia, de dolor, de desesperación, de frenesí; bebió de un trago su vaso y lo azotó vacío despedazándolo contra las losas; en tanto que yo, taciturno, en rebelión contra la eterna fuerza aplastante, volvía sañudo los ojos ante un abominable cuadro: los ebrios, en el paroxismo del furor báquico, gritaban enronquecidos hinchando la taberna, se injuriaban con una exaltación demoníaca, los ojos inyectados y fuera de las órbitas, el equilibrio perdido, la lengua trabajosa y torpe! Los venenos emponzoñados hervían en aquellos organismos gastados por el trabajo diario y por el implacable vicio; y en medio á aquel pandemonium execrable, á aquella sinfonía satánica de aullidos horribles y crispadores, el vencido esperaba su único descanso en la tierra: el libelular de los duendecillos en torno de sus ojos errantes.....!

1901.

RUBÉN M. CAMPOS.

---

## SOLO!....

A D, Luis D, Molina.

---

En la sombra,  
cuando empiezan á encenderse las estrellas,  
yo no sé (en el misterio) quién me llama, quién me nombra,  
oigo pasos tras mis huellas;  
y á la luz—polvo de plata  
de la suelta cabellera de la luna, que me miran  
unos ojos muy profundos y muy negros, y dilata  
su tristeza mi suspiro en los céfiros que giran.  
La campana lejos, lejos,  
á los últimos reflejos  
de la tarde,  
lanza y llora su sonata de plegaria  
Vesper surge, treme y arde  
solitaria.  
Alguien habla á mis oídos á las veces  
y á la pálida vislumbre  
cabecean melancólicos los sonámbulos cipreses.  
En el cielo cuánta lumbre!  
En mi alma  
sombra, sombra, sombra y sombra,  
en el seno de la noche cuánta calma!  
¿Quién me llama? ¿quién me nombra?....  
Su recuerdo! que persiste,  
que me agobia de tristeza;  
y ella pasa también triste  
y se prende como nimbo de piedad á mi cabeza!

JESÚS E. VALENZUELA.





## EN EL POZO.

(DE LA LECTURA, DE MADRID).

(CONTINÚA).

Pedro opinó que el hombre suelto no suele hacer ni honra ni dinero, y tuvo la suerte de enamorarse, y á poco vió realizado su ideal. Su casamiento con la *Relimpia* no alteró la vida de los dos amigos: siguieron viviendo bajo el mismo techo, cada vez más unidos en la tácita sociedad de bienes, y á poco, á gestiones de la *Relimpia*, obtuvieron la contrata de aquel pozo en que esperaban hallar la base de un bienestar que, sabiamente dirigido, pudiera traerles algún día el descanso con que el obrero sueña, y es la obsesión de los que aún no han perdido del todo la esperanza. Muchos antiguos obreros de la mina andaban por allí, enriquecidos, aburguesados, dando á sus hijos una educación que los alejaba del medio en que ellos se criaron. Y estos ejemplos avivaban la sed y el hambre de posesión.

Sabiase que el azar, el capricho, el favor, valían más que el trabajo y la conducta para estas rápidas ascensiones en el medio social; y por esto las pobres mujeres se deshacían en halagos, y los débiles hombres en solicitud servil, en torno de los jefes y mangoneadores del negocio. Había que vivir, y no toda aquella riqueza inmensa que extraían de la tierra habría de marcharse así porque sí, sin dejar siquiera las migajas en las manos encallecidas.

Todo aquello era corruptor: desde el trabajo que volvía al hombre á la condición de bestia, hasta el favor que casi siempre lo hundía en otra condición de servidumbre.

Era un pueblo anormal: no tenía patria, no tenía Dios, no tenía vida jurídica: allí no había más que *La Compañía*. Era el Dios, era la patria, era el Gobierno. . . . lo era todo. Cosas suyas eran el suelo, el subsuelo, el aire, el agua, la vida, la honra y la hacienda de aquel enjambre humano, que la necesidad ó la codicia removía.

Así Pedro y Pablo, mientras dejaban caer los martillos sobre los barrenos y éstos entraban milímetro á milímetro en la masa de mineral, pensaban en la *La Compañía*, en aquel ser todopoderoso, que con un gesto invisible, con la más simple acción, podía sacarlos de aquel pozo, de aquella pobreza, y hacerlos ricos, dichosos, sin que tuvieran que temblar ante el porvenir.

### IV

Cerca de la media noche llegó el relevo: lo menos tres horas hacía que Pablo se fué para sacar del almacén dinamita y cápsulas y hacer formal reclamación sobre aquello de las mechas.

Al muchacho del torno lo despabilaron de su modorra perpetua, adquirida en aquellos grandes ratos de obscuridad y de inacción; salió Pedro del pozo; estallaron los barrenos, y fueron los dos trabajadores á continuar ahondando, á luchar con la roca, como héroes tranquilos y silenciosos.

Solo, y satisfecho de ánimo, por el resultado de la jornada, iba Pedro por aquellas galerías que sudaban vitriolo. La eterna noche le envolvía; el silencio de las profundidades deshabitadas esparcía su espanto. . . . y fué allá, en el cruce de los últimos pisos, á treinta metros del boquete rojo por el que entraban los de *perpéuta*, y allí gemían ó cantaban, según por lo que les daba la desesperación, donde encaróse con él el mayor granuja de la mina, un tagarote que vivía de sus gracias en aquel mundo negro, del que no salía porque le gustaba, porque aquello le parecía hermoso, y porque le daba la gana de no ver el horrible sol ni la horrible tierra con sus amargas desnudeces.

Comía en todos los trabajos, bebía en todas las cantinas, dormía en todas las cuadras, se calentaba en todas las calderas, se refrescaba en todos los ventiladores. . . . Allí no había invierno ni verano, ni primavera ni otoño: todo el tiempo era uno, como era una la humanidad que trabajaba y moría.

Era el hombre libre, el hombre ideal, sin lazos, sin afectos, sin necesidades, sin angustias, sin deberes. . . . había tenido que renunciar á la tierra y á la luz, pero fué renuncia gustosa. Que no le hablasen de las cosas que sucedían *allá arriba*. Y de las de arriba y las de abajo, estaba muy al corriente.



Era el lector de periódicos en los corros de obreros; y en los descansos de cigarro y comida, veíase al zagalón leyendo, medio declamando, cosas muy radicales, á la luz del candil enganchado en la piedra.

Aquella pobre gente envejecida bajo la costra de polvo mineral, soñaba con un mundo lejano, con una ciudad fantástica habitada por la Verdad y la Justicia. . . .

—¿Allá arriba? ¡Bah! ¡Pronto hizo un año!—decía burlescamente el lector, que no creía posible bondad ninguna, á no ser del noveno piso para abajo.

Este trástulo tan simpático como inevitable, se encaró con Pedro, y meneando el candil—que uno cualquiera llenaría de aceite,—rompió á cantar con admirable brío:

«Abre el ojo, compadre,  
que te la pegan,  
y vas pasando por eso  
fatigas negras.»

—Hola, *Lagarto*: ¿qué demonios cantas?

—Naíta. Abre el ojo, compadre. . . . *etcétera*.

—Vaya, está el día alegre.

—¿El día? ¿Hay aquí día? No me había enterado. Esto se está poniendo muy mal. Hay que irse más abajo. . . . A ver si esos ropasueltas acaban el piso, y nos mudaremos. ¡Hace aquí un aire. . . .!

Y como al irse Pedro, el *Lagarto* se quedó parado, haciendo eses con el candil y cantando á gritos

¡Que te la pegan,  
que te la pegan,  
que te la pegan,

revolvióse aquél como un tigre, agarró con las manazas el brazo del cantor, y con una calma que desmentía el semblante, dijo:

—Basta de copletas: ahora mismo, á decir lo que sepas; á ver á qué viene esto.

—¡Ah! pero tú crees. . . . ¡Valiente bruto!

—Creo que tú nunca hablas en balde, ¡granuja! Siempre quieres decir algo. . . . y lo dices: te conozco. Yo te di el pan aquí dentro, ¿te acuerdas? Bueno. Pues suelta el barreno y que vuele el mundo.

—Por mí, que vuele; pero suelta.

—¿Ves ese pozo colaero? ¿Tiene veinte metros? ¿Más? . . . . Pues como soy quien te está agarrando, oye: como ese candil tiene luz, si no hablas ahora mismo, de una patada te tiro al pozo. ¿Sabes que es verdad, eh?

—Bueno, ¿y qué? Por eso no vas á dejar de ser un. . . .

—¿Un qué?

—Lo que la gente dice: *demasiado* amigo de Pablo.

—¿Eh? . . . .

—Sí. Y no de ahora. De antes.

—¿De antes? ¡De antes! A ver cómo eso eso: de antes que yo. . . . . ¡Ya, ya! ¿Sabes lo que me parece toda esa música? Una cochina mentira.

—Yo creo lo mismo. Pero suelta. . . .

—Si no lo pensase más que tú, ahora mismo se acababa: ¿ves? Ahí el pozo, aquí tú. Lo dicho: de una patada, adiós el granuja, con lo que lleva dentro.

—Es que tendrías que echar al pozo á medio mundo: á los de arriba y á los de abajo; ¡vaya una salida!

—Oye, *Lagarto*: ¿soy un hombre de bien? ¿me emborracho? dílo: ¿soy tirano para el compañero? dílo. Cuando algún pobre cae en esta guerra sorda de aquí abajo, ¿no acudo? Estos brazos, estas patas y el *aquel* de adentro, ¿no están siempre lo mismo para el trabajo que para el compañero que los necesita? Aquí, donde si los unos no somos por los otros, la vida es un cohete, ¿me has visto renegar? ¿me has visto huir ni echar fantesía? ¡Dilo!

—O te callas ya, ó lloro; mira que lloro, porque eres bueno, y noble, y lo que te pasa no lo mereces. ¡Cosas de allá arriba!

—Óyeme: si á mí, ¡que soy un hombre! me pagaran así, me trataran así, judiquearan conmigo de esa manera, cuando nadie ha puesto á nadie un cuchillo al pecho para que diga *si* en lugar de *no*, ¡óyeme, hijo! te lo juro, ¿ves? te lo juro, sería una fiera: lo más bárbaro del mundo. Porque. . . . ¡caramba! ¡mira que eso es gordo! ¡Mira que no puede ser más gordo! ¡A ver si encuentras algo que sea tan pero y tan sin motivo. . . .!

## V

Con esta píldora en el cuerpo, Pedro se dejó ir á paso lento, no como otras veces, que se traga el camino. Al pasar por el fondo de la corta miró á lo alto y vió una estrella blanca que refulgía en la soledad azul. Pasó por el túnel en que las máquinas silbaban estrepitosamente detrás de aquel minero tor-



pe ó embriagado, que entraba y salía de los carriles sin darse cuenta. . . . Anduvo así, con el candil encendido, como alma en pena, y al llegar frente á los hornos, sentóse en un risco á pensar, hablando solo, gesticulando. La llamarada espantosa que salía de aquellos montículos de arcilla refractaria, con sus relámpagos verdes, azules, rojos, en que se fundían el cobre, el azufre, el arsénico, toda aquella endemoniada compostura de las piedras que sus brazos arrancaban, le atraía: parecía juntarse en un abrazo plutónico y aniquilador con aquella otra llamarada silenciosa que le devoraba las entrañas.

Parecía que el siniestro fulgor de aquellas cosas rugientes que se derretían en los hornos, le iba metiendo la luz, como de un hachazo, en lo más doliente de su propio sér. Y veía. . . . veía ya bien claro. El hombre razonaba, y sentía que toda la amargura de su razonamiento le confortaba en vez de aniquilarlo.

—Que *ese* le guste más, es cuestión de suerte: yo creo que en su pellejo haría lo mismo. Es más muchacho, más alegre, tiene un don. . . . Que se quisieran antes de que un mal viento me trajera aquí, es una cosa, vaya, que tenía que pasar. Pero ¡engañarme! ¡Esos con quien se parte el pan y la vida. . . .! ¿Por qué no me dijeron: mira, esto está acotado, ¿eh? acotado, porque es del amigo? y ya podía quedar en el cochino mundo una sola mujer, esa; otra mejor, la diosa *de Venus*, y para Pedro sería como esto: piedra, tierra, una cosa que se ve y en que no se repara. . . .

Pero ¡ahora que la quiero! . . . ¡Saberlo ahora! ¿Cómo los voy á mirar? ¿Para qué voy á trabajar y á pasar fatigas? ¡Se acabó la alegría, se acabó el mundo!

Y con ambas manazas en la cara, encorvado por un gran dolor que entraba en todo su sér como la *sangría* ardiente y roja de un horno de fundición, quedóse allí largo rato, iluminado desde lejos por la espantosa llama que convertía en masa líquida y radiante, de una pureza infinita, los negros pedruscos arrancados al corazón de la tierra.

¿Por qué esa llama no envolvía al mundo y lo derretía, purificándolo, convirtiéndolo en un raudal deslumbrante, que escupiese la escoria y surgiera en áureos chorros, abrasando en un momento todas las iniquidades?

.....

Bien tarde era cuando llegó Pedro á su casa: dijo que se sentía mal, y no quiso comer. Pablo no estaba: andaría por el pueblo enredado en alguna seria partida de tute ó en otra cosa por el estilo.

En la alcoba, en que apenas cabía la cama matrimonial, vió Pedro la chaqueta del compañero. La *Relimpia* la cogió de un puñado y la tiró fuera, diciendo:—Todavía está aquí ese asco: no tiene una manos para echar remiendos.—Y luego, para echarla más lejos, la hizo volar de un puntapié.

—¿Ves? Lo mismo haría con tu compañero, ese cochino *apóstol*.

Pedro sintió que algo muy grande, muy terrible, iba á estallarle dentro, en el pecho ó en la cabeza: agarróse á la cama mientras se tragaba un gemido mortal, de esos que salen desgarrando. . . . y cuando ya tuvo fuerzas, al tenderse como quien se echa en la sepultura, dijo con voz desfallecida, entrecortada, humilde, con la voz de un vencido:

—Anda, mujer. ¡Qué cosas dices!

Fué aquella, para el *apóstol* Pedro, una noche espantosa. Sentía el amargo prodigio de las distancias: aquella mujer, cuya respiración le inflamaba el pecho, estaba muy lejos, al lado allá de un abismo infinito, de un mar brumoso y sin orillas. . . .

Tenía allí su cuello, su corazón. . . . le bastaba alargar un poco las manos, crispando algo sus músculos, acostumbrados á batirse con el mineral: más blanda es la carne que la piedra; más pronto sale la vida que un pedazo de piritita de su masa. . . . Pero siempre la distancia sería igual: dormida ó muerta, aquella mujer estaría lejos, separada de él por un abismo infinito, por un mar brumoso y sin orillas.

Y Pedro sentía que una llama intensa y cruel aclaraba todas sus ideas: parecía vivir en otro mundo. Las cosas las veía con una lucidez desgarradora. Él, que era torpe para todo lo que no fuera trabajar dentro de la mina, trabajaba ahora en la profundidad del pensamiento, en el problema angustioso de su propio vivir, amargado ya, destruido para siempre, como un mal *trabajo* que se derrumba aplastando á los pobres obreros que no saben lo que hacen.

—¡Con mala veta hemos dado! ¡Ah, qué condenada veta!

Y así se estuvo hasta que la luz del día vino á echar de la cama al mundo trabajador.

Al mediar el día, cuando los barrenos empujaban á las gentes hacia las casas, salieron los dos *apóstoles* de la suya, con el equipo del trabajo.

Pedro iba distraído; no dijo á su mujer aquellas cosas que la solía decir con un lenguaje rudamente amoroso, áspero y codiciable como el mineral nativo, casi puro, y, por lo mismo, raro.

—Mala cara lleva el vecino—dijo á la *Relimpia* una de las comadres del barrio.—Cuidelo usted porque en esos pozancos en que trabajan, se cogen calenturas y baceras y cosas del padrejón que tumba á un cristiano. Yo estuve allí vendiendo aguardiente cuatro meses y siete días, y si no salgo, me entierran; que aquello hay que verlo. Ni las benditas ánimas estarían á gusto!

—Vea usted, vecina, cómo ese bruto ha puesto la almohada. . . . chorreando; y con un churrete de mineral que da asco. ¡No se qué hacen estos hombres!

—Eso es que el suyo ha llorado. De allá abajo no se sacan más que esas cosas: calentura, bacera, padrejón. . . . y llanto. No le arriendo la ganancia.



## VI

Llegó el domingo aquél que los *apóstoles* tenían designado para su comilona íntima: como Pedro andaba malucho y muy desganado, esmeróse la *Relimpia*, gran gisadera y asaz primorosa, en aderezar una comida no para mineros, sino para apóstoles de verdad y aun para obispos, según el decir de Pablo.

Entre los tres cargaron con la vianda: Pedro llevaba el talego del pan y la fruta; la *Relimpia*, aquellos manjares más jugosos y delicados, tales como la tortilla de jamón de patatas, el conejo encebollado, el lomo en manteca y las suaves albóndigas en que había cargado la mano de ajo y de pimienta; Pablo llevaba á cuestras la imponderable bota de las cacerías, un mediano pellejo, cuya pez daba al vino blanco un saborcillo por demas áspero y agradable.

Al pasar por la fundición, salió el capataz á dar el alto.

—¿Sangramos ese horno, ó qué?

—Tráete la herramienta,—dijo Pablo descargándose.

Acudió el capataz con el jarrillo de lata, y éste por mí, este otro por la compañía, ahora esotro por. que salga bien lo del pozo, allí se hubiera quedado bebiendo hasta el día del juicio.

Pedro no bebía, ni hablaba, *ni estaba allí*: miraba con extraña fijeza á un punto de aquel infinito amontonamiento de rocas rojizas; buscaba con la vista aquella piedra donde se sentó en una noche triste y aflojó las riendas de su dolor, delante de la espantosa llama policroma y voraz que parecía querer purificar al mundo. Y sin poderlo remediar, gimió de un modo tan desgarrador, tan lamentoso, que todos le miraron sorprendidos.

Pedro cayó en la cuenta y sintió rubor de su propia pena. No sabía qué decir, y como siguiendo un anterior razonamiento que le hacía daño, balbuceó con doliente incoherencia, á modo de explicación, más para él que para los otros:—No sé qué hacer. . . . Así Dios me maldiga si sé qué hacer; pero hay que hacer algo.

—¡Atiza!—dijo el capataz.—En metiéndose en pozos, se van los tornillos. Por ésta, que es sangre de Jesucristo, juro que he visto más de seis locos en la mina, y todo por esa manía de saber si lo que hay abajo es duro ó es blando. ¡Duro y más duro, pedazos de bestias!

A la entrada del túnel la *Relimpia* tuvo un momento de vacilación.—La verdad, que se necesita estar locos para venir *de campo*, ahí, debajo de la tierra. ¡Peste de mina!

Pedro marchaba delante sin curarse de los demás, con un aire de sonámbulo, sin ver ni oír, y murmurando como una especie de rezo:—¡Hay que hacer algo, hay que hacer algo!

Pablo advertía á la *Relimpia*, la guiaba, la desviaba del peligro. . . . decíala cómo sus hermosos ojos peligraban si en una brusca nostalgia de la luz y del cielo, mirasen hacia la sombría bóveda cuajada de péfidos cirios de vitriolo. Eran azules, eran bellísimos; pero la traición se escondía en aquella gota colgante, que temblaba como una turquesa líquida á la luz de los candiles.

Y la *Relimpia*, que era de piadosas entrañas, y el dolor físico la conmovía, lloró la atroz injusticia humana, el sufrimiento de aquellos pobres hombres medio desnudos, ulcerados, marcados con todas las cicatrices del trabajo afrentoso, que en sucesiva y amarga visión se le iban presentando.

¡Qué mundo aquél! ¡Y allí vivían hombres y bestias en la paciente promiscuidad de una labor del infierno! ¡Qué riqueza negra y más hedionda!

—Vaya, sentarse y echaremos un trago,—dijo Pablo al dar vista al boquerón del piso que iban haciendo los de *perpéuta*.

—Aquí no: más allá. Yo os lo diré. Hay aquí un sitio. . . . ¡Valientes tragos se toman allí!

Pablo miró á la *Relimpia*, y ésta, apoyando su dedo índice en la sien, hizo como que barrenaba. Alguna cosa tenía Pedro que le barrenaba el sentido. . . . no estaba muy católico que digamos.

—Aquí. ¿Veis qué buen sitio? Aquí me senté yo la otra noche y hablé: ¿sabéis con quién? con *Lagarto*, ese cochino embustero.

—Algún traguete se tomaría, porque el granuja no lo echa en el candil; lo cual que hace muy bien y le alabo el gusto. Amigo, esta vida hay que pasarla á tragos: vaya, empina esa señora bota y pon esa cara alegre. Come, bebe, y riete del mundo.

—A ver si con tanto empinar la bota vamos á dejar aquí los huesos. Yo estoy aquí amedrentada; sí: me da miedo de pensar lo que tenemos encima.

Y la *Relimpia* miró á la bóveda rocosa, y mentalmente midió aquel monte altísimo que se alzaba sobre sus cabezas.

—¡Dios! ¡Si todo esto hiciera así, nada más que así. . . .!

—Digo que tendría razón en hacerlo—exclamó Pedro.—Hay aquí muchas marranadas que pedían eso: el hundimiento, así, así, poco á poco. . . . como yo lo haría si tuviera puños como tengo coraje.

—¡Cállate, animal! ¡Mira que decir esas cosas aquí dentro!

Y agitada y nerviosa, la *Relimpia* se puso en pie:—Vámonos: me pone mala esta condenada negrura. Esto es para los demonios, no para los hombres. ¡Y se ríen los muy bestias!

(Concluirá).